

REVISTA
LECTURAS

RETALES
Por Sonia Bueno

Sonia Bueno · Poesía · Madrid · 2011

Prólogo de Rodrigo Galarza

HACE más de dos mil trescientos años, sintiendo aún el resplandor cercano de las obras de los tres grandes trágicos, Aristóteles proponía en su célebre Poética una reflexión y caracterización didáctica de la tragedia (y no sólo de esta) a la que consideraba como la más alta expresión poética. En dicha caracterización señalaba la “anagnórisis” (reconocimiento) como uno de los elementos esenciales que contribuía a desarrollar la mimesis. La misma se podía dar bajo la utilización de diferentes recursos, pero la que gozaba de mayor complacencia en el filósofo era aquella que surgía de la comprobación directa de los hechos que permitían al héroe pasar de la ignorancia al conocimiento.

La presente propuesta poética encarna una personal anagnórisis cuyo basamento general puede empezar a entenderse con la siguiente afirmación de la poeta y ensayista argentina Graciela Maturo: “[...] si el hombre puede ser definido como el ser que comprende, el poeta es aquel que contempla y crea para comprender. Su atención a la realidad pone en marcha todas sus facultades: sensibilidad, afectividad, memoria, fantasía creadora, intuición simbólica, intelección, reflexión”. Tal es el cometido del universo poético de este libro que se compone y des-compone con las cercanas y lejanas resonancias de una conciencia agónica en la búsqueda de una expansión trascendental, que concilie el verbo con el acaecer; es decir, lo de afuera con lo de adentro, pero no como aceptación complaciente de lo que nos ha sido dado sino con la voracidad de quien desea arder con ojos nuevos, aunque el camino para llegar a ello sea arrancárselos, como Demócrito de Abdera, o ahondar en la certeza de que si desatamos el velo de los ojos descubriremos que no los tenemos (“desato el velo de los ojos. y no tengo / ojos. algo descubro”).

La actitud de contemplación del mundo para lograr comprenderlo le supone al poeta no sólo una predisposición sino también una entrega, muchas veces estéril, que bajo ninguna circunstancia debe convertirse en abatimiento o renuncia, aunque esta entrega signifique dolor y pérdida. Así Sonia Bueno sabe y asume que provocar a las posibilidades de la palabra poética en pos de una mirada inaugural, un “hoy virgen y bello” como decía Mallarmé, requiere de una respiración de animal abierto y rumiante con paciencia de orfebre, un andar y des-andar caminos en el trazado de una identidad construida con hilos invisibles unas veces, y otras de infinitos colores y texturas. El proceso de agnición de Bueno proviene de un decir-se para sí aunque muchas veces vivir sea: “contra — dicción :ser piedra — estar muda” o un “salir del espejo / de la palabra / para hallar / la palabra / y habitar / el espejo”.

retales propone una poesía en movimiento, de resignificación del mundo a través de la ardua y meditada urdimbre de un tapiz de la memoria en el que los “re cortes” y las “hebras” suben y bajan a ritmo del ser que no siempre es el mismo: “avanzo_tiro de un hilo- me alejo de mí”, porque los nacimientos duelen y todo es un volver a empezar cuando se: “deshacen los nombres / antes de enhebrarlos”. En este juego dialéctico el huso se convierte en axis mundi que une el arriba y el abajo de los recuerdos y sus numerosas metamorfosis con el esbozo de lo nuevo: “bajo a traenvés del corte. abajo. para encontrar / un hilo —por el que subir me”... “retales (des)cosen / mi rostro”. Lo nuevo no se ve aquí como definitivo sino como tentativa de integridad entre los retales (cada uno de ellos con sus esplendores y devastaciones) y los que a partir de ellos van conformando una identidad para abrirse al mundo, un mundo que en todo caso tardará en devolver la mirada: “abro puertas / abro puertas hasta en las puertas / no salgo de casa”, ya que antes el poeta deberá mil veces refugiarse en “el nido negro de la vigilia” o como una crisálida vertiginosa abrazar contradictoriamente la intemperie dentro de la “madeja nocturna”.

Si recordamos la etimología de la palabra “texto”, nos encontramos con “textus”, de “texere”: tejer, entramar. Nunca más adecuada y acabada definición de este libro ya que en el mismo cada palabra (y en ellas una especial significación a través de juegos fonéticos), cada corte incisivo y sangrante de los poemas va configurando y luego urdiendo (con variadas texturas) un delicado tapiz o por qué no: un poncho hecho de inmediatas lejanías. La escritura se vuelve así corporal, respiración asmática y sintomática de quien se entrega a su propia anagnórisis para respirar o conspirar; aunque en ese proceso el dolor desgare lo urdido y la soledad sea un “harapo que protege del frío”. Aracne no lucha contra Palas Atenea sino contra su propia hambre que se torna espera, pura paciencia a punto de claudicar. Con la garganta en dos mundos vendrá la belleza, y habrá que atar y desatar nudos y contar uno a uno los despojos y las mudanzas, aunque despacio se erosionen las moradas. En las vueltas de estos nudos (que bien podrían ser quipus incas) están las tramas, entre “hebras”, “re cortes” y “retales” la trabajosa urdimbre de la identidad va dejando resquicios, y es allí donde el desierto extiende su silencio como una marcha hacia la nada; cada resquicio es un centro que se expande, una fisura que por momentos puede ser totalizadora: “hilos de arena. el huso en el desierto —se vive / —se desmorona”.

Dice Juan Gelman que para él su único tema es la poesía, de allí que resultan evidentes sus artes poéticas, aunque no dé consejo como Horacio en sus Epístolas. La presente obra bien puede leerse como una poética. La autora despliega su “oficio de viviente” enajenada por el impulso vital de decir ante las limitaciones del lenguaje que en no pocas ocasiones es apenas un balbuceo (“:decir me / quiere algo”) en el intento de explicar la complejidad de los seres en su relación con el mundo. Al igual que los poetas primitivos, Sonia Bueno canta (susurra, articula apenas) para nacer: “despierto de madrugada con vocales. en las manos / abiertas”.

Mil veces tendrá que vaciarse para que la luz entre viajera y llena de preñeces: “desde qué oquedad —las manos— convierten la luz / en luz / (dis)tinta”, “bebo el vacío. sed. qué rompe / el vaso”. La vocación del poeta no cesa en su afán de descifrarse y descifrar el mundo: “roto —el hilo. busco. la manera de seguir. otro hilo que / cortar”; pero acaso lo dicho —que en este poemario está más habitado de lo no-dicho, de lo que calla para que sangre— sea un acto de amor que no necesita retribuciones, de allí que el pathos de quien dice ya no pertenezca a una conciencia sino a varias en la certeza de que “:en la orilla alguien canta / y no lo sabe”.

trabajo. bajo a tra través del corte. abajo. para encontrar
un hilo

—por el que subir me

trabajo con patrones. y bajo con la mano en la tijera

/es un candil.

el beso de la tijera —en la frente

recorto por el mismo patrón —dos silencios iguales
—palabras distintas. dos

me mira la que miro a través de su ojo –aguja mecánica
¡soy tan veloz!

pero

mis vértebras

—desenhebradas—

etcétera

una-puntada-al-día. no velocidad. sí. una-puntada-al-día

:decir *me*

quiere algo

cansancio. en la puntada que no me estira. cansancio.

(dete)nido pero —en la puntada

recojo mudas /de crustáceo. (cono)cimiento /en el bolsillo de
mi cabeza /recojo. mudas de crustáceo. las hilvano a mudas.
con hilo de cera

pero hilo

des-anuda islas

vetea con óxido sus canales
blandos

la memoria emerge

en memoria de cera

el anzuelo

.

oxidado

.

ancla